

CARDETE DEL OLMO, M<sup>a</sup>. Cruz: *Paisaje, identidad y religión. Imágenes de la Sicilia antigua*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2010, 222 pp. [ISBN 978-84-7290-500-9]

FERNANDO NOTARIO PACHECO  
*Universidad Complutense de Madrid*

Sicilia. Quizás pocas palabras que se refieran a un área geográfica tengan tanto poder evocador como el que se refiere a esta isla situada en el centro del Mediterráneo. En el imaginario se retrata como un sitio donde se confunden el lujo y las estrecheces, promesas de riqueza y realidades de miseria. Ya desde la Antigüedad se pensaba que el sabio Homero, mediante la boca de Odiseo, había retratado con maestría la dualidad rayana con la esquizofrenia del mundo siciliano: tierra fértil plagada de ásperas gentes, Cíclopes salvajes que devoran a los marinos que los caprichos de la navegación tienen a bien arrojar sobre sus costas (*Od.*, IX, 130 y sigs.). Sicilia parece ser, en definitiva, un sitio donde el cielo y el infierno se entremezclan para dar lugar a una especie de broma macabra, una suerte de laberinto en el que los caminos confunden a los seres humanos que no estén habituados a ver cómo lo ideal y lo miserable se dan la mano en un enloquecedor baile entre la ironía, la esperanza y el cinismo. No obstante, ¿qué realidades se esconden detrás de estas imágenes? ¿De dónde vienen estos estereotipos, cómo se desarrollan, evolucionan y aparentan perpetuarse? ¿Cuál es el papel del historiador consciente de la responsabilidad social de quien es depositario, transmisor e investigador del pasado? ¿Acaso podemos quedarnos encerrados tranquilamente en la torre de marfil de la Academia mientras las imágenes del pasado son objeto de manipulación e instrumentalizadas como elementos de dominio y control social, tanto ayer como hoy en día? Todos aquellos que crean en la responsabilidad social del historiador, en la necesidad de desenmascarar tópicos historiográficos al tiempo que se promueve una reflexión compleja entre el pasado y el presente, pueden sentirse agradecidos por la aparición del libro de la doctora Cardete.

Quizás si alguien tenía el empaque suficiente para acercarse a unas tierras donde las imágenes legendarias no pueden separarse fácilmente de las realidades históricas, sería M<sup>a</sup>. Cruz Cardete. Ya desde su tesis doctoral demostró no tener temor a adentrarse en las fronteras de Arcadia, donde enamoradizos pastores se encuentran con monstruosos licántropos y la sangre más noble y “pura” de los griegos corre por las venas de gentes que, en el mejor de los casos, podrían considerarse como

culturalmente atrasadas (*Paisajes mentales y religiosos: la frontera suroeste arcadia en épocas arcaica y clásica*, Oxford, 2005). En esta ocasión su atención se centra en Sicilia, aunque si cambia el área de interés, su preferencia por la problemática de la construcción ideológica de los paisajes permanece intacta. La vinculación de la doctora Cardete con este tema es notable, como puede verse no sólo en la publicación de su tesis doctoral, sino también en la gran cantidad de artículos que ha redactado en revistas científicas de gran calado, así como en su participación en diversos proyectos, tanto nacionales como internacionales, relacionados con el mismo. No es, por ello, sorprendente, que como bien resume Adolfo Domínguez Monedero, autor del prólogo (pp. 13-15), el hilo conductor del libro se encuentre en el estudio de la creación de los paisajes como mecanismos mediante los cuales las sociedades humanas se apropian del espacio y lo adaptan a sus necesidades e intereses, tanto físicos como mentales e ideológicos. El dominio que tiene la autora sobre los principios teóricos en los que apoya su proceder se pone de manifiesto ya desde la introducción general (pp. 21-26), donde en unas pocas páginas nos dibuja un esquema general de las premisas que se nos proponen en este libro. Por un lado, se hace una apología de la necesidad de acercarnos a las imágenes estereotipadas del pasado mediante un proceso de recontextualización, explicando la emergencia de situaciones y personalidades excepcionales mediante una lógica histórica sin la cual nos vemos abocados a una fascinación mistificadora del pasado que resulta tanto más encantadora cuanto que los situamos fuera de las esferas de lo históricamente humano y social. Por otro lado, se explicitan los vínculos, a veces sutiles, a veces evidentes, que mantienen los conceptos de paisaje, identidad y religión a la hora de crear estructuras de control y dominio político y social que, trasmutadas en verdades esenciales, desplazadas del ámbito cultural al natural, justifican e incorporan culturalmente situaciones de desequilibrio entre diferentes grupos sociales.

Esta serie de principios encuentra su materialización en los paisajes e imágenes que la profesora Cardete nos propone explorar a su lado, analizándolos y sometién-dolos a un escrutinio sistemático y metódico. En primer lugar nos encontramos con el propio mito de la singularidad siciliana, el que hace de ella una mezcla entre madre y amante, riqueza y pobreza, cultura y barbarie ("Sicilia, el mito encarnado" pp. 27-60). Como se dice, los historiadores tendemos a pensar que somos enanos encaramados a hombros de gigantes, y si vemos más que ellos, es porque nos aupamos sobre sus contribuciones. No obstante, la herencia no sólo se compone de mejores vistas, sino también de sueños, pesadillas, esperanzas y temores que, a fuerza de repetirse, cristalizan como una nueva realidad imaginaria, a veces benévola, a veces perversa, pero frecuentemente dislocada con respecto a las realidades materiales. La autora conoce muy bien el peso que los estudios y las imágenes del pasado tienen sobre los investigadores del presente, de tal modo que un libro que pretende tomar postura frente al estatismo de mitos historiográficos e imágenes recurrentes no puede empezar de mejor manera que analizando el modo en que la colectividad académica asume una serie de elementos recurrentes sobre Sicilia, su pasado y su

presente desde la misma Antigüedad. De gran relevancia es el apartado dedicado a las imágenes de Sicilia durante el siglo XVIII y los usos y abusos a los que se ven sometidas su historia y sus ruinas por los europeos del “Grand Tour” (pp. 33-50), época que tras el análisis de Cardete demuestra ser un punto central en el desarrollo de las reflexiones posteriores sobre la isla triangular.

La segunda imagen que nos propone la autora nos lleva a un tiempo oscuro en Sicilia: el gobierno de Fálaris de Agrigento y sus sucesores, la dinastía Emménida (“Instrumentalizando el mito: Fálaris y Terón, el toro de bronce y los huesos de Minos”, pp. 61-95). En este capítulo, Cardete analiza con gran perspicacia el contexto y la actividad de Fálaris, hombre en quien la tradición posterior ha querido reunir toda la crueldad y sed de sangre de las que era capaz un tirano con rasgos psicóticos. Esta imagen, como era previsible, no encuentra acomodo en un estudio pormenorizado de los datos que tenemos de su figura, profundamente distorsionada por la propaganda que elaboraron con más éxito que disimulo sus adversarios y sucesores en el poder, los Emménidas. Sin embargo, al margen de las capacidades políticas de Fálaris, lo que resulta destacable en esta revisión de la imagen estereotipada es la manera en la que el tirano (o *asymnetes*, como de hecho es posible que fuera) hace gala de una serie de recursos ideológicos vinculados al terreno y paisaje sículo para afianzar su poder, no sólo de cara a la comunidad griega, sino de hecho, también hacia los indígenas. No se trata, por otra parte, de buscar en Fálaris ningún tipo de política conciliadora hacia los nativos, sino más bien de analizar el modo en que se utilizan elementos procedentes del imaginario mítico para vehicular las relaciones que mantienen entre sí los colonizadores y los colonizados, siempre en un marco de superioridad de los primeros hacia los segundos, pero sin contemplar su aniquilación física. Estos elementos, por otra parte, encuentran cierto grado de acomodación ideológica entre unos y otros al ser aspectos culturales que se encuentran en un *middle ground* cultural entre ambos ambientes, como pueden ser el culto a Deméter, la imagen del toro o la veneración de los huesos de Minos en un santuario frecuentado, por otros motivos, por los indígenas. Los modelos de control y dominio sobre la población de Fálaris contrastan con los de la dinastía Emménida, caracterizada por un endurecimiento de los paradigmas de interacción con los bárbaros en un contexto general de rechazo al sistema de gobierno precedente y a todo lo que se asociaba a él.

Una nueva imagen la encontramos en la revuelta de Ducetio, el caudillo de una sublevación de diversas poblaciones sículas contra los mecanismos de control e imposición de los poderes políticos griegos (“La construcción de la identidad sícula: Ducetio y los Palicos”, pp. 97-126). Para Cardete, con el caso de Ducetio nos encontramos con uno de los ejemplos más claros en los que puede verse cómo la personalidad de un líder político- militar ha fagocitado todo el proceso histórico en el que su figura tiene sentido, convirtiéndose en un arquetipo sin necesidad de mayor contextualización histórica. El llamado “momento de Ducetio” en realidad ha de entenderse como parte de un proceso en el que las élites sículas se han apropiado de prácticas sociales del mundo griego y las reinterpretan como elementos que permi-

ten vehicular su poder y estatus social, tanto frente a sus comunidades como frente a las griegas, al tiempo que expresan una nueva identidad sícula caracterizada, no por la asunción tácita de los valores culturales griegos, sino por una reinterpretación siempre consciente y dinámica de los mismos. Al respecto, la importancia de la restauración del santuario a los dioses Palicos bajo formas de culto griegas ha de interpretarse como el reflejo del modo en que la religiosidad indígena se ve modificada por la cultura griega, así como la manera en la que las élites sículas construyen nuevos paisajes mentales que explican y justifican situaciones de desigualdad socio-cultural al proyectarse sobre realidades que no se conceptualizan como culturales, esto es, mudables, sometidas a una dinámica, sino como naturales, o mejor aun, sobrenaturales, inertes y eternas.

Hemos acompañado a la doctora Cardete a través de su viaje en pos del sentido de la identidad sícula, pero todavía nos queda recorrer con ella el camino más transitado, aunque no por ello menos espinoso, de la identidad griega de los habitantes helénicos de Sicilia. La autora toma como propia la tarea de analizar las complejas relaciones que mantienen entre sí las diversas identidades que pueden darse en el ambiente siciliano y estudiar el modo en que los poderes políticos influyen los sentimientos identitarios (“De griegos a sicilios: construcciones identitarias y étnicas en la Sicilia clásica”, pp. 127-180). Las batallas de Hímera y Cumas y las intervenciones atenienses en Sicilia durante la Guerra del Peloponeso sirven de hilos conductores para este capítulo al ser también los momentos en los que puede percibirse una mayor utilización de los recursos étnicos para justificar las coyunturas políticas, económicas, sociales y culturales. A través del profundo análisis de Cardete, vemos cómo los elementos identitarios son utilizados por las dinastías tiránicas de los Dinoménidas y los Emménidas para cimentar el poder personal de los tiranos, quienes se representan como baluartes del helenismo en Occidente frente a las tribus bárbaras que sólo desean la destrucción de la civilización griega. No obstante, los recursos étnicos no significan nada por sí mismos, sólo lo que deseemos que signifiquen. La construcción de la identidad panhelénica en Sicilia se quiebra durante el último cuarto del siglo V a.C., cuando la presencia de contingentes atenienses en Sicilia hace que se activen discursos identitarios diferentes a los que se encontraban en el ideario panhelénico, abogando por la esencialidad diferenciada de los sicilios frente al resto de los griegos. El discurso de Hermócrates de Siracusa ante el congreso de Gela, donde defiende una identidad siciliana que en última instancia no hunde sus raíces más que en la coyuntura más apremiante, pone de manifiesto los mecanismos mediante los que se forjan nuevos conceptos sobre los que aglutinar las identidades culturales que hacen naufragar a otros que las circunstancias específicas vuelven inoperantes. No obstante, el rápido éxito y fracaso de la nueva categoría cultural de los sicilios, que no llega apenas a sobrevivir al cambio de siglo, refleja también lo débiles que pueden ser los hilos con los que se tejen las construcciones identitarias cuando éstas son objeto de uso, abuso, manipulación y tergiversación por parte de todos los agentes políticos. Como concluye la propia autora, las potencias políticas,

incapaces de manejar con un sesgo común el fenómeno étnico, lo desgajaron hasta convertirlo en una rémora de difícil instrumentalización que sólo posteriormente, debido a la intromisión de los cartagineses, recuperaría su utilidad.

El libro se cierra con un capítulo de conclusiones (pp. 181-185) y con una nutrida bibliografía (pp. 187-220) en la que cualquier investigador podrá encontrar todo tipo de referencias. A modo de conclusión por nuestra parte nos gustaría acabar con dos ideas sobre esta obra. Por un lado, se trata de un libro de gran enjundia desde el punto de vista del análisis de los procesos históricos en Sicilia, algo muy necesario en el panorama español actual, donde salvo por unas cuantas y honrosas excepciones, el estudio de la Sicilia griega se encuentra un poco huérfano. Por otro, la obra de la doctora Cardete tiene una gran importancia en tanto en cuanto obliga al lector a reflexionar sobre las imágenes del pasado y la necesidad de realizar sobre ellas un ejercicio de deconstrucción que les devuelva su historicidad y su sentido en el marco de la dinámica de las sociedades humanas, tanto pasadas como presentes. Es por ambas ideas por las que este libro se merece un hueco en la bibliografía, no sólo de los investigadores del mundo griego, sino también en la de todo aquel que se preocupe por las relaciones entre el pasado, el presente y las estructuras de poder político.